



La utopía liberal

Carlos Aguirre

Hasta hace pocos años, el nombre de Manuel Pardo casi no aparecía en los radares intelectuales de la mayoría de quienes tienen como ocupación pensar el Perú y su pasado. Aunque su trayectoria política y su actividad como líder del Partido Civil merecía cierta atención en las historias generales del período republicano, carecíamos de estudios específicos y contextualizados sobre su significado histórico. Al mismo tiempo, su contribución intelectual había sido virtualmente olvidada, a pesar de que (como este libro lo demuestra) fue un acucioso lector de nuestra realidad y un inquieto participante de varios debates intelectuales. Debemos al tenaz esfuerzo de Carmen McEvoy la hazaña de haber devuelto a los debates históricos y políticos a un personaje como Pardo y a una corriente ideológica, el republicanismo liberal, que había sido virtualmente eliminada de la historia del pensamiento político peruano. Saludamos por ello la publicación de este importante volumen de escritos del fundador del Partido Civil que, junto a los trabajos anteriores de McEvoy, nos permitirá un acercamiento más justo al pensamiento y la acción política de Pardo.

La lectura de esta selección de textos de Pardo, así como la excelente introducción de McEvoy, nos revelan a un político y estadista fecundo, complejo, a ratos contradictorio. Propongo pensar su trayectoria en función de algunas tensiones (intelectuales, culturales, políticas) que marcaron su pensamiento y acción, de las que el propio Pardo, quizás, no fue demasiado conciente. Estas tensiones revelan, entre otras cosas, los condicionamientos (ideológicos, políticos, culturales, y de clase) que están en la base de sus acciones y proyectos, y nos permiten situarlo mejor dentro de sus coordenadas históricas.

Una primera tensión que podemos identificar en Pardo es aquella que existe entre su proyecto civilizador (derivado, principalmente, de su admiración por la cultura y civiliza-

ción europeas) y su acendrado nacionalismo y amor por el país que lo vio nacer. Pardo adopta un modelo de civilización que muchas veces chocaba con tradiciones y usos propios de nuestra sociedad, y particularmente de sus grupos sociales menos favorecidos. Esta tensión puede ser formulada de otra manera: cómo plasmar un proyecto civilizador del cual el racismo y el eurocentrismo eran componentes sustanciales, sin llegar a asumir lo que podría ser la lógica y extrema consecuencia de dicho proyecto, es decir, el llamado a la exclusión, si no el exterminio, de la población y la cultura no blancas. Pardo destila en sus escritos posturas claramente racistas, como en su discusión del problema de la inmigración china y vascongada, por ejemplo, o en algunas de sus descripciones de la población indígena. Y aunque sería injusto colocarlo en una misma categoría con autores como Clemente Palma, un escritor abiertamente racista, a Pardo le cuesta desprenderse de una forma de entender la civilización que incluía, casi sin excepción, una valoración negativa de las poblaciones y las culturas no blancas.

La segunda tensión que podemos identificar en Pardo es aquella en la que se enfrentan un proyecto republicano, liberal, y potencialmente democratizante, con una realidad social y unas prácticas políticas más bien excluyentes y jerárquicas. Pardo aspiraba a crear una república de ciudadanos, pero se resistía a considerar como tales a quienes no compartían el ideal de civilización que él proponía. Pardo contribuyó a renovar el escenario político peruano, introdujo formas modernas de hacer política, y buscó hacer del trabajo y la educación los pilares de una sociedad basada en la noción del ciudadano virtuoso. Promovió también el asociacionismo cívico y el descentralismo político y económico. Pero no tomó en cuenta (o, por lo menos, no con el debido detenimiento) las limitaciones estructurales que se oponían a la concreción de ese ideal republicano, es decir, el peso histórico de la opresión, la injusticia, y la marginación. Es revelador, por ejemplo, que en su texto sobre los vagos considere a estos como delincuentes y proponga medidas muy severas contra quienes, en su percepción, causaban un daño inmenso a la república; o que atribuya la rebelión de Huancané a la eliminación de la contribución indígena pues sin ella, dice Pardo, y debido a la indolencia de la raza indígena, esta se resistía a trabajar y, por tanto, a prosperar, repitiendo así un tema de raigambre

claramente colonial en los discursos sobre el indio. Pardo no cae, ciertamente, en los extremos de quienes abiertamente propugnaban una sociedad estamental y excluyente, pero tampoco asume una actitud lo suficientemente crítica respecto a los condicionamientos sociales que impedían la concreción de su ideal de una república de ciudadanos. Al atribuir ciertas deficiencias de la sociedad peruana a las características raciales de su población o a ciertas formas de cultura popular, Pardo ponía una barrera formidable a la posibilidad de generar un proyecto democrático que no excluyera a la mayoría de peruanos. En esto, su extracción social y su europeísmo terminaron atenuando sus impulsos democratizantes.

Una tercera tensión en la vida y obra de Pardo es aquella que enfrenta al intelectual y al político, una especie de contrapunto entre el pensador que observa, pregunta y reflexiona, y el hombre de acción que se interesa más en el quehacer político y la obra concreta; entre el personaje de la república de las letras y aquel de la república práctica, para usar los términos que McEvoy propone en el libro. Pardo con el tiempo devino más lo segundo que lo primero; reaccionó contra lo que llamó la “comunidad retórica” y se empeñó en ser un hombre de acción, quejándose repetidamente de nuestra falta de “sentido práctico”. Sacrificó lo que hubiera sido, por tradición familiar y por mérito propio, una fecunda vida como intelectual, y dedicó sus mejores esfuerzos a la acción política. Con ello ganamos un estadista, aunque en el fondo no necesariamente perdimos un intelectual, como los trabajos reunidos en este volumen lo demuestran.

Pardo puso su inteligencia y sus energías al servicio de un proyecto ambicioso y ciertamente utópico: hacer del Perú un país civilizado. Este ya no es, quizás, el proyecto que los peruanos de hoy queremos para nuestro país, sobre todo por los contenidos excluyentes que el modelo traía consigo en el siglo XIX. Hoy más que nunca, además, los criterios unívocos de civilización nos resultan profundamente sospechosos, cuando vemos que en nombre de ella se bombardea naciones, se destruye ciudades enteras, se persigue la disidencia y se tortura prisioneros. La propuesta de una república de ciudadanos, por otro lado, mantiene todavía vigencia, dado el carácter incompleto del experimento republicano en el Perú. Fue el historiador Flores Galindo quien describió al Perú del

siglo XIX precisamente como una “república sin ciudadanos”, una frase que, pese a los notables cambios producidos en la estructura social del país, todavía puede usarse para retratar el Perú de hoy: la utopía republicana (para usar el título de otro libro de Carmen McEvoy) sigue siendo más una promesa que una realidad. Nos toca a los peruanos de hoy esforzarnos para que la república del futuro incluya, proteja y garantice los derechos de todos los hombres y mujeres de nuestro país. Conocer las promesas y límites del proyecto de Manuel Pardo y el republicanismo liberal del XIX nos permitirá pensar mejor los desafíos de la hora presente.

Carmen McEvoy, ed. *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004.



Historias piuranas

Melvin Ledgard

En la primera novela publicada de Francisco “Paco” Tumi, Antonio “Antuán” Gutiérrez, Ricardo “El Loco” Valdivieso y Javier “Javicho” Espinoza, encarnan los ideales, decepciones y traiciones de la generación que le tocó pasar de la infancia a la adolescencia durante las dos fases de un gobierno militar (1968-1980) e ingresar a la vida adulta en la década de los ochentas con los gobiernos de Fernando Belaúnde y Alan García. Los tres son de Piura y acaban la secundaria, a mediados de los setentas, en un colegio jesuita, donde cuentan entre sus hazañas haber saboteado la fiesta de promoción en el Country Club. Diez años después, a mediados de los ochentas, en el marco de la boda del apodado “Loco” con la chica de la que más se habían burlado en su hazaña de la fiesta saboteada, no tarda en darse una confrontación que cambia para siempre la relación entre ellos. Dada la importancia del episodio, el día del matrimonio del Loco se con vierte en un motivo recurrente de la trama, ➤